

POSTALES DE LA CONTRACULTURA

Un viaje a la Costa Oeste (1974-1984)



OSVALDO
BAIGORRIA



CAJA
NEGRA

Baigorria, Osvaldo

Postales de la contracultura: un viaje a la Costa Oeste (1974-1984)

1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2018

192 p.; 20 x 14 cm (Numancia)

ISBN 978-987-1622-67-2

1. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A863

© Caja Negra Editora, 2018

© Osvaldo Baigorria, 2018

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección editorial: Diego Esteras / Ezequiel A. Fanego

Producción: Malena Rey

Diseño de colección: Juan Marcos Ventura

Diseño de tapa: Emmanuel Prado

Maquetación: Tomás Fadel

OSVALDO BAIGORRIA

POSTALES DE LA CONTRACULTURA

**Un viaje a la Costa Oeste
(1974-1984)**

CAJA 
NEGRA
NUMANCIA

LA RUTA



HACIA LA COMUNA

En enero de 1974 salí en tren y en parte a dedo por la ruta 9 en un viaje que me llevaría casi once años de búsqueda por los territorios de la contracultura que se propagaba desde y hacia la Costa Oeste norteamericana.

Todo incitaba al viaje. No al turismo, nada de ida y vuelta. La palabra *contracultura*, que vi escrita por primera vez a principios de los 70 en un kiosco de la avenida Corrientes como nombre de una revista, tenía en su oscuro origen al antipsiquiatra estadounidense Joseph Berke. Emigrado a Londres, donde trabajaba en una comunidad terapéutica coordinada por Ronald Laing, en 1969 Berke publicó una antología de textos titulada *Counter Culture*, meses antes de que Theodore Roszak lanzara *El nacimiento de una contracultura* en la Universidad de California.

Esto último lo supe mucho después de comprar algunos números de aquella revista y conocer al editor, Miguel Grinberg, que fue el primer traductor/divulgador del neologismo en la Argentina y no sé si en castellano. También llegaron a mis manos sus publicaciones anteriores,

los números atrasados de *Eco Contemporáneo* que me había perdido en los 60 por ser un chico de Mataderos que todavía no había llegado hasta la céntrica Corrientes, sin dejar de lado un prejuicio de clase que también era un límite intelectual. Me gustó lo que leí en esas revistas pero algo no me cerraba del todo. Se presentaban temáticas a veces agrupadas sin mezclarse bien, o directamente como agua y aceite: Panteras Negras, pacifismo, situacionistas, rock, ecología, John Lennon, Cohn-Bendit, psicodelia, Gombrowicz, Henry Miller, Teilhard de Chardin, Jonas Mekas, Alan Watts, Cortázar...

La coexistencia de esos nombres implicaba en sí un aire diferente al de las revistas literarias tipo *El Escarabajo de Oro* o al de las más políticas tipo *Cristianismo y Revolución*. Un aire sospechoso para los militantes de izquierda marxista o peronista capaces de acusar de ser agentes de la CIA hasta a los escasos “hippies” que había en la Argentina, aquellos que la revista *Primera Plana* calculó, no sé cómo, en un total de doscientos a fines de los 60, estigmatizados como el “circo” que se disfrazaba y hacía una puesta en escena del rechazo a la sociedad para llevar a la juventud por el camino de la despolitización, la pavada, el amor, la paz y el escape individual, apartándola de las luchas populares, o la “gilada”, un término también apropiado por la derecha policial y paramilitar que acusaba a la cultura rock y sus drogas de ser una influencia nefasta para distraer a los jóvenes y hacerlos renegar de la civilización occidental y cristiana.

Sobre el repudio de las militancias argentinas de aquellos años a las *raras avis*, adictas, distintas, amantes del mismo sexo o de varios se ha escrito ya demasiado como para hacer leña del árbol caído. Una situación que quizá se extremó en este país, pues ya era sabido que los vecinos podían ser más tolerantes y que en las paredes del Chile de Allende había más cruces entre los pósters del Che y de Jimi Hendrix. Por ejemplo. Acá veníamos siendo gobernados directa o indirectamente por militares desde hacía décadas y era entendible que toda distracción o desvío de las normas de seguridad, todo desliz hacia alguna droga –incluido el alcohol, ni hablar de la marihuana o el ácido– y

toda conducta que llamara la atención de la policía se considerara peligrosa. Militares y militantes. No obstante, después de Mayo del '68, de la invasión soviética a Checoslovaquia, del caso Heberto Padilla y de la persecución a los poetas disidentes, homosexuales, prostitutas y otros “antisociales” en Cuba, ya no quedaría resto para tolerar la intolerancia. Había muchos santos y señas de la burocratización y el autoritarismo de los revolucionarios en el poder del llamado “campo socialista”. Y la coincidencia de derechas e izquierdas en su repudio a todo lo que tuviese la etiqueta contracultural era justamente lo que volvía atractiva a esa etiqueta. Al menos para quienes buscábamos un aire diferente.

Como conjunto de prácticas e ideas, la marca en cuestión no indicaba necesariamente un propósito de “destruir al Sistema” —con perdón por las comillas, es léxico de época— aunque para los militares fuese subversiva y por lo tanto una parte del enemigo a combatir en la “lucha contra la subversión”. Más bien pretendía suscitar otro mundo, otra sociedad, otra manera de vivir en común. Una manera que en principio excluía a burócratas y a capitalistas.

11

PLAN DE FUGA

Voy a ponerme aquí la máscara del fugitivo para lidiar con la época. Había razones para huir. Y había ganas de encontrar esa otra vida donde fuese posible. “La comunidad hip es una comunidad plena, una cultura, un modo de vida, una manera de existir”, postulaba el grupo anarco-situacionista King Mob en un artículo titulado “Autodefensa” en la revista *Eco Contemporáneo* 13, de 1969. Todo eso fue llegando al mercado del libro pocos años más tarde. Tusquets publicó en 1972 *Las comunas. Alternativa a la familia* de Josep Maria Carandell, en el que se informaba sobre el movimiento comunero, los matrimonios colectivos, la nueva sensibilidad, etc. Anagrama publicó ese mismo año *La cultura underground* de Mario Maffi en dos tomos, con su panorámica del liberacionismo, las vanguardias, el teatro de guerrilla, el

underground cinema, etc. etc. Yo quería ver si era cierto. Más: deseaba que lo fuese con todas mis fuerzas.

Mientras llegaban noticias de que en distintos lugares se respiraba otra libertad, con cambio de costumbres, recitales de rock y poesía y millones de personas emigrando en masa hacia San Francisco, en Buenos Aires la represión iba en aumento y a fines del '73 ya era asfixiante. En la memoria de mi respiración hubo un alivio de pocos meses, digamos de fines del '72 hasta mediados del '73, primavera camporista incluida, y todo indicaba que se pondría peor. ¿Exagero? Algun@s la verían de otro modo, quizá estarían de fiesta en el '74-'75 mientras crecían los atentados de la Triple A y las *razzias* policiales. Mi paranoia a veces me protegía y otras veces no, pero en aquel momento me ponía en guardia. Para otr@s las alternativas serían vencer o morir por la Argentina, refugiarse en las catacumbas o el conformismo, vuelos en espiral, caídas en pozos de opio, láudano o avestruz, literatura, suerte, culo y terror, no sé: por mi parte solo vi una salida, un *exit*.

12

Pero en los 70 no era tan fácil salir, la Ruta era por tierra y por eso también un viaje de ida. Al menos no era fácil para los que veníamos de familias obreras o subproletarias. En el caso de mi compañera, aquella con la que compartí viaje, se trataba incluso de un origen de familia campesina, de gauchos judíos en una colonia entrerriana, antes de volverse obrera textil, metalúrgica, luego de que se viniera con su madre y cuatro herman@s a Buenos Aires. En mi caso, hijo de padre primero croto, peón golondrina y después peón de panadería hasta llegar a maestro panadero, siempre bajo patrón, solo con su fuerza de trabajo, asalariado y sin propiedad alguna. Tuve que trabajar desde los quince –también de obrero en una fábrica de juguetes, de cadete, de vendedor callejero– para costear mi escuela secundaria. Teníamos escasa posibilidad de ahorro, los vuelos en avión eran cosa de ricos, nuestra única salida era viajar trabajando en el camino.

Otros chicos de familias proletarias o de clase media baja soñaban con engancharse de lavacopas o asistentes de cocina en algún barco a Europa, como sus padres o abuelos inmigrantes que habían navegado

hacia América, el oeste europeo, el límite occidental del éxodo. O fantaseaban con aprender a hacer artesanías que se pudieran vender en movimiento. Salir por ruta, hacia Brasil o Bolivia, era lo más factible. Chile estaba prohibido desde el 11 de septiembre del '73, era meter la cabeza en la boca del lobo, refugiarse en un país ocupado por los nazis.

Una generación que soñaba con la huida. ¿Qué habrá sido de Yoli, capelina sobre pelo negro largo, con sus barbas y visiones de viaje? ¿Lo habrá logrado?

Talking about my generation: desconfiar siempre del término “generación”, resistir con ironía, balbucear como The Who al referir a ese colectivo imaginario, tan imaginario como un colectivo nacional, racial o de género porque es imposible conocer a todas y todos los miembros de esa supuesta unidad, no se pueden trazar con claridad sus fronteras, hay tantas singularidades, factores de influencia y condiciones sociales que no podría sentirme identificado de manera completa e inalterable ni con uno que hubiera nacido el mismo día, a la misma hora y en la misma maternidad Sardá de Buenos Aires.

13

Desde luego que hay generaciones literarias, políticas, culturales, musicales, mediáticas, de consumo de drogas y de otros consumos. Aun así, la necesidad de buscar rasgos comunes en una franja etaria es otra fórmula a través de la cual la identidad intenta ser fijada, establecida, diferenciada de modos fundantes, o fundamentalistas. Y si bien en estas primeras décadas del siglo XXI hay fijaciones que parecen más peligrosas, como las raciales o nacionales, todas son en el fondo delirios de pertenencia que rara vez ayudan a comprender las derivas singulares de cada cual.

TODO VIAJE TIENE SU PREPARACIÓN

Todo viaje tiene su preparación, y más si es uno de ida, aunque el de huida puede ser repentino, precipitarse cuando menos se lo espera. Es muy loco, pero preparamos la retirada mientras se suponía que

estábamos haciendo la revolución. Como un tirapiédras que después sale corriendo o como quien prende la mecha para después darse a la fuga.

La idea empezó a tomar forma entre el '72 y el '73, en un grupo de estudios –y prácticas, como se verá– llamado con toda pompa Política Sexual. Nos reunimos luego de una mesa redonda en mayo del '72 organizada por la revista *2001*, publicación que hasta el momento se había dedicado a divulgar noticias sobre ovnis, esoterismo y nuevas creencias religiosas cuyo lema era “periodismo de anticipación”. Pronto se inclinó hacia los movimientos contraculturales y/o revolucionarios adoptando el eslogan “periodismo de liberación”. A partir de las intervenciones en aquella mesa, reproducidas parcialmente en el dossier “Sexo y Liberación” del número 45 de la revista, comenzaron a publicarse cartas de lectores interesados y, mediante contactos por correo y boca a boca, pronto se lanzó la convocatoria a un segundo encuentro, ya en un domicilio particular, no abierto al público, para seguir “discutiendo el tema”.

14

Emerge una primera imagen. En el generoso living de una casa de Flores donde vivían Pablo y Norma Lamas, quienes se presentaron como “pareja en búsqueda de abrimos, sin barreras, a todos nuestros afectos”, entre cuarenta y cincuenta personas de diversa extracción social, ideologías e intereses reunidas por la convocatoria sexo-liberacionista, un chico de veintiún años y pelo largo hasta los hombros descruzó sus piernas enfundadas en pantalones de cordero marrón con botamanga-pata-de-efebante, se levantó, se acomodó sobre sus zapatos con plataforma y se presentó diciendo “soy militante del Frente de Liberación Homosexual de la Argentina”. Era Néstor Perlongher, también llamada La Rosa, en relación con la espartaquista Luxemburgo. Una flor más bien baja, de cara redonda, de intensos ojos de mirada negra, aguerrida para discutir y hacerse visible.

La Rosa Perlongher propuso fundar un grupo que funcionara como alianza entre disidentes excluidos por las izquierdas: las primeras feministas, el flamante activismo aún no llamado gay, los “varones



heterosexuales concientizados”, las parejas partidarias de comunas y matrimonios colectivos. Se llamaría Política Sexual en referencia y homenaje invertido al fundado por Wilhelm Reich en la Alemania de los años 30, la Asociación Alemana por una Política Sexual Proletaria, abreviada y conocida como Sexual Politik o Sex Pol. Seríamos un Pol Sex. Lanzamos una investigación que produjo el documento “La moral sexual en la Argentina”, de septiembre del ‘73, publicado parcialmente en 2001 y firmado como Grupo de Estudio y Práctica Política Sexual, donde lo de “práctica” era una especie de chiste porque al principio había una cantidad de gente que postulaba la experimentación orgiástica, algo que se fue diluyendo con el tiempo, si bien tuvimos nuestros intercambios, camas redondas, desnudez en las reuniones y otros ritos *ad hoc*.

Quedamos pocas para la etapa más radicalizada. Participantes que recuerde, o con quienes tuve relación más intensa, además de Perlongher (que ya no vendría “en representación” del FLH sino solo del grupo Eros, uno de los más activos del Frente): Eduardo Todesca y Marcelo Benítez, del mismo grupo; Sara Torres, de la Unión Feminista Argentina, así como Hilda Rais y Marta Miguelez de la misma agrupación; María Elena Oddone, del Movimiento de Liberación Femenina, que alguna vez abrió su casa para nuestras reuniones; Ruth Kelly, Mónica Giraldez y otros nombres y rostros que se me escapan de las neuronas, que han de estar por ahí perdidos en mi hipocampo y puede que reaparezcan a lo largo de esta escritura. Eso sí, había pocas participantes permanentes. Era un grupo bastante informal que se reunía en distintas casas cada una o dos semanas para lecturas y discusiones en largas sesiones nocturnas convocadas en citas previas, encuentros de café o de esquina, evitando los teléfonos que podían ser escuchados en medio de una dictadura militar (de Lanusse) que estaba en retirada aunque seguía en actividad. Bibliografía: *Política sexual* de Kate Millet, *La dialéctica del sexo* de Shulamith Firestone (ambos por fragmentos de traducciones caseras, ya que al momento solo habían sido publicados en inglés), *La muerte de la familia* de David Cooper, *Diario de un educador* de Jules Celma y los clásicos *Eros y civilización* de Herbert Marcuse, *La revolución sexual y Psicología de masas del fascismo* de Wilhelm Reich. Mucho después vendrían las lecturas de Foucault, Hocquenghem, Deleuze y Guattari, ya con un pie en el exilio.

Digo exilio y el relato quizá tome otro cariz. Interior o exterior, la retirada sería inevitable para gente que había tenido, más o menos, “antecedentes”, ficha policial, vigilancia, caídas en desgracia sin necesidad de haber integrado otras organizaciones o habiéndolas descartado luego de atravesarlas, como en el poema “Siglas” de Perlongher. Abriendo una línea de fuga en ese ecosistema, nuestros deseos no llegarían a fijar iniciales.

Sexo y revolución, crítica a la organización genital compulsiva y exclusiva, abolición de la familia patriarcal-monogámica: algunas de

las fórmulas que nos seducían. No sé si entendíamos qué era el deseo, o cómo este podía engancharse al mercado. Con seguridad, el hombre nuevo guevarista no era nuestro modelo. Con todo el respeto que podíamos sentir por el coraje y la entrega a esa lucha, preferíamos un nuevo ser o devenir, más andrógino, más conectado al placer, menos macho. Eso no excluía que cada cual participase si lo deseaba en las movilizaciones del '73, en Plaza de Mayo y Devoto en la toma del penal para reclamar la libertad de los presos aquel 25 de mayo de la asunción de Cámpora, o en Ezeiza el 20 de junio en el retorno de Perón. En ambas se hizo visible por primera vez el FLH con carteles en público. Estuve por ahí y escribí una nota para *2001*, donde tenía de editora a Tamara Kamenszain, sobre esas temerarias salidas del armario junto a columnas de machitos que intentaban desmarcarse de la denuncia de la ultraderecha sobre infiltración de “homosexuales y drogadictos” con el infame cantito de “no somos putos, no somos faloperos/ somos soldados de FAR y Montoneros”.

Más adelante, en el '74, cuando ya no estaba en el país, sé que con la firma de Política Sexual también se hicieron volanteadas y actos en repudio a los edictos policiales y al decreto de Perón que prohibía la venta libre de anticonceptivos (“a procrear, ordena el General”) mientras avanzaba la ultraderecha y se pasaba de la semi a la total clandestinidad, con reuniones convocadas a través de medidas mucho más extremas de seguridad. No conocí en persona esa etapa.

Sí tuvo influencia este grupo en mi abandono de toda búsqueda de empleo y la salida rumbo a la precariedad voluntaria y más tarde al viaje. Cuestionábamos todas y cada una de las instituciones y costumbres: familia, sexualidad, educación, propiedad privada, autoridad y, por supuesto, trabajo. De hecho, este fue uno de los primeros temas que abordamos en sesiones de “concientización”. Atesorábamos testimonios, leíamos, discutíamos. Teníamos certezas. El trabajo en cuestión no era el de la obra gratificante o guiada por el principio del placer, sino la faena impuesta, obligatoria, aquella a la que nos sentíamos forzados. “El reino de la libertad comienza allí donde termina el

de la necesidad”, parafraseábamos en clave marxista libertaria. Veíamos esta diferencia: una cosa había sido la crianza en hogares obreros y otra en pequeño-burgueses; en los primeros, el valor-trabajo había sido impuesto por imperativo de supervivencia; en los segundos, por razones de ascenso social. En cualquier caso, ese valor había sido internalizado por presión externa en la socialización de cada cual. Por lo tanto, concluíamos, una revolución auténtica debería abolir el trabajo. Y si no podía abolirlo, debía reducirlo en forma progresiva. Esa reducción que –concedíamos– no podía realizarse sin un cambio en las relaciones de propiedad y producción, se apoyaría en un rechazo o recorte consciente de las pseudonecesidades del consumo compulsivo y sería sustentada por las comunas de servicios y/o vivienda que practicaban el apoyo mutuo (aquí entraba Kropotkin). En todo caso, la revolución debía ser total, interior-exterior, subjetiva y objetiva.

18

Nuestra radicalización fue en aumento. Llegamos a redactar un manifiesto por la abolición del trabajo, que era de una audacia y una candidez extraordinarias. “El desarrollo de la tecnología de avanzada puede liberar definitivamente a la humanidad de su jornada laboral antihumana. Ya están dadas las condiciones. La propiedad privada de los medios de producción y su consecuencia, la distribución desigual de las riquezas (...) es el primer obstáculo a remover para arribar a un mundo donde imperen el ocio y el juego, no el trabajo.” De epígrafe, una frase de Jerry Rubin, creador del Youth International Party: “La izquierda reclama trabajo para todos. Nosotros exigimos desempleo absoluto para todos”. Ya volveré sobre esa *boutade*.

Sería una ligereza, una bravuconada. Pero no éramos cínicos, al menos no todavía. Creíamos.

Abuso de la primera persona del plural en retrospectiva. Éramos absolutamente modernos. Creíamos que era inevitable el progreso histórico, lineal, hacia un dominio total sobre la naturaleza, y que la revolución no era un movimiento circular de un cuerpo en torno a su eje u otros cuerpos sino una aceleración súbita y radical de ese progreso. En algún momento, la revolución se iba a producir pese a los retrocesos

temporarios. La creencia era tan fuerte que podíamos abandonar trabajo, estudio, vida urbana, social, el país mismo, es decir, entrar en un *exit* radical porque la historia no volvería a repetirse —excepto dos veces, la última como farsa— y porque todo estaba destinado a marchar hacia adelante. Tal era el impulso de fuga. Acelerado de modo visceral aunque capturado por una idea lineal de la historia en la que solo se podría marchar hacia adelante. *Forward! Avanti compagni que la vittoria è nostra!*

Sabíamos también que alardear sobre la fuga podía ser una falta de respeto hacia las militancias que ponían el cuerpo para el sacrificio, que enfrentaban la represión con lo que tenían a mano, que terminaban secuestradas, torturadas, muertas, desaparecidas. Hermanas que dejaron ahí el pellejo, literalmente. No éramos tan valientes. Tacho el “nosotros”, aquí hablo por mí mismo. O mejor dicho, escribo. Se ve que no estaba hecho de la pasta de los héroes, y mucho menos de los mártires. En la Argentina de aquellos años, prefería vivir antes que morir. Esas ganas se imponían sobre toda idea de responsabilidad o trascendencia. O sea, no negaba los hechos, los dejaba en el freezer. La partida, imaginaba, sería solo por un tiempo, hasta que el terror se disipara. La cosa tenía que mejorar. Me equivocaba. No mejoró.

El poeta correntino Martín Alvarenga, que por entonces residía en Buenos Aires y era parte del grupo que merodeaba las publicaciones de Grinberg, me incitó a hacer artesanías. Creo que le escuché decir “con mis poemas y mis herramientas puedo desembarcar en cualquier parte”. O puerto. Seguro que lo dijo mejor. Tenía en preparación su libro *Drogados por la luz* y me pasó algunos versos mecanografiados que aún conservo, entre ellos “Homenaje a Bud Powell” donde se leía “corre bud sobre unos ojos verdes/ teclas blancas sobre la carne aceituna/ corre bud cien pies tiene la tarde/ dos mil gargantas la noche”. Y después de que me prestara *Los subterráneos* y *Los vagabundos del Dharma* y los leyera completos aluciné que yo mismo podía ser un *bud* en carrera, un retoño que corría por la Ruta con sus herramientas y su poesía. Así de infantil era la cosa. Con toda su alegría. Esa que traería alivio para cargar a la espalda toda la culpa del sobreviviente.

Empezamos por el cuero –cinturones, carteras– aunque la materia prima era demasiado pesada para la mochila. Derivamos (aquí la primera persona del plural refiere a la que fue mi compañera de viaje) hacia el metal: anillos, pulseras, aros, colgantes de alpaca, cobre y bronce que vendíamos en la feria paralela de Plaza Francia y más tarde en otras plazas, sobre todo en San José de Flores, cuando la policía no nos perseguía ni tampoco otros artesanos, porque a veces la competencia era atroz. Uno que quería impedirnos vender en Flores vino un día con un grupo de pesados para darme una paliza, y me la dieron. A patadas sobre el césped de la plaza. Me salvó mi mamá, que en esos momentos, oh casualidad, había decidido pasar por ahí a ver lo que hacía su hijo en el nuevo oficio de artesano.

Ojo en compota, labio partido, golpes en todo el cuerpo. Ya no pude volver por la plaza. Mi socia se animó –a una mujer no le iban a pegar– y por unos días tomó mi puesto en esa feria paralela. Después la competencia se fue calmando. Pude regresar a la venta callejera y para Navidad del ‘73 logramos ahorrar lo suficiente para comprar los primeros dólares y travelers cheques (150 dólares, si no me equivoco) para empezar el viaje. Según el Inflation Calculator, serían unos 500 dólares de 2018. No estaba mal, pero había que llegar hasta San Francisco, cruzar fronteras y quizá desviarse en el camino.

Llevábamos mochilas pesadísimas, de lona, con herramientas y materiales, abultadas bolsas de dormir, además de una carpa para acampar, parrillita y farol de kerosene para el fogón, hacha para leña y un montón de cosas más que doblaron mi espalda para siempre, hernia incluida. Qué falta de sentido común, de experiencia. Pero claro, íbamos en viaje de ida.